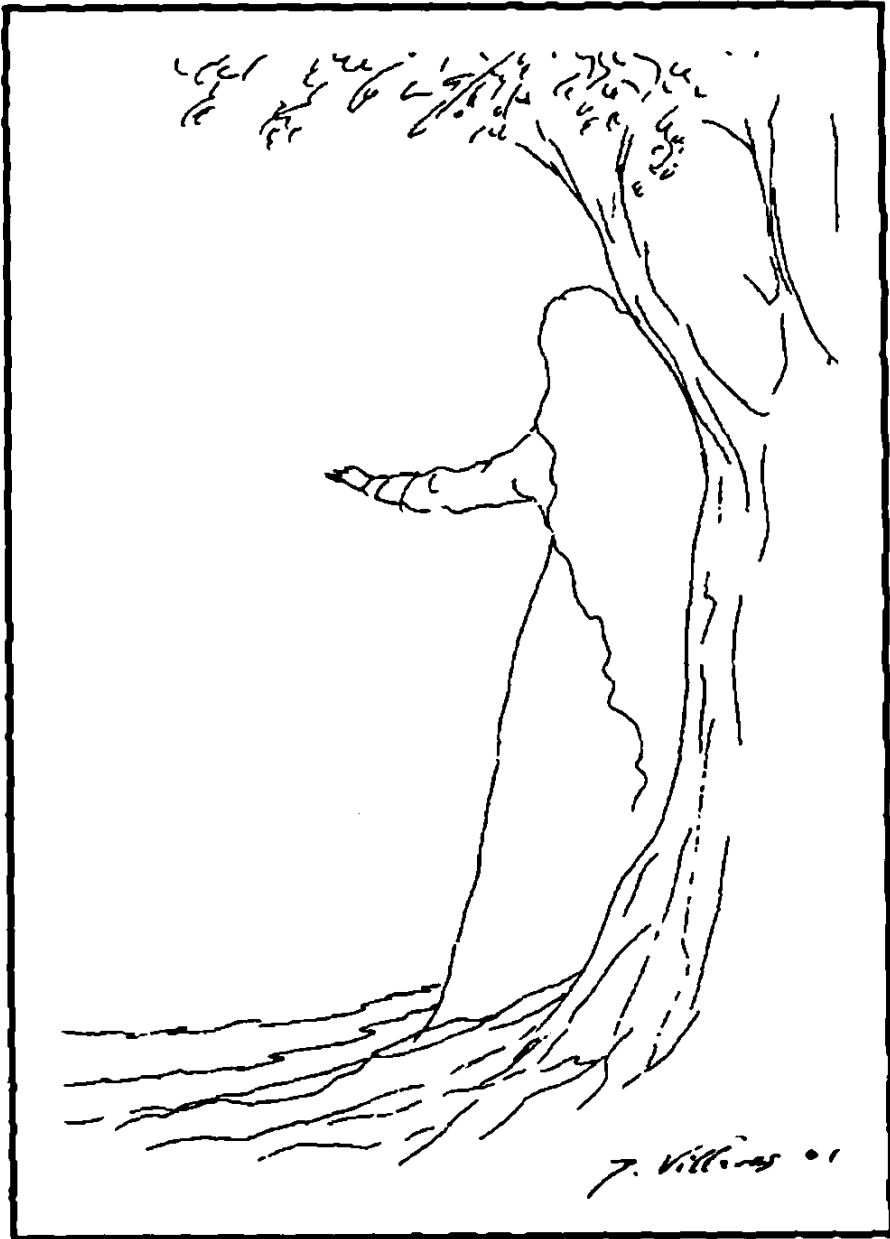


*Enrique Bolaños*

Antología poética  
complementaria

Selección de Pablo Antonio Cuadra  
y Eduardo Zepeda Henríquez



## En las constelaciones

En las constelaciones Pitágoras leía,  
yo en las constelaciones pitagóricas leo;  
pero se han confundido dentro del alma mía  
el alma de Pitágoras con el alma de Orfeo.

Sé que soy, desde el tiempo del Paraíso, reo;  
sé que he robado el fuego y robé la armonía;  
que es abismo mi alma y huracán mi deseo;  
que sorbo el infinito y quiero todavía...

Pero ¿qué voy a hacer, si estoy atado al potro  
en que, ganado el premio, siempre quiero ser otro,  
y en que, dos en mí mismo, triunfa uno de los dos?

En la arena me enseña la tortuga de oro  
hacia dónde conduce de las musas el coro  
y en dónde triunfa, augusta, la voluntad de Dios.

*[Océano Atlántico, abril de 1908]*

## A Roosevelt

¡Es con voz de la Biblia, o verso de Walt Whitman,  
que habría de llegar hasta ti, Cazador!  
Primitivo y moderno, sencillo y complicado,  
con un algo de Washington y cuatro de Nemrod.  
Eres los Estados Unidos,  
eres el futuro invasor  
de la América ingenua que tiene sangre indígena,  
que aún reza a Jesucristo y aun habla en español.

Eres soberbio y fuerte ejemplar de tu raza;  
eres culto, eres hábil; te opones a Tolstoy.  
Y domando caballos, o asesinando tigres,  
eres un Alejandro-Nabucodonosor.  
(Eres un Profesor de Energía,  
como dicen los locos de hoy.)

Crees que la vida es incendio,  
que el progreso es erupción;  
que en donde pones la bala  
el porvenir pones.

No.

Los Estados Unidos son potentes y grandes.  
Cuando ellos se estremecen hay un hondo temblor  
que pasa por las vértebras enormes de los Andes.  
Si clamáis, se oye como el rugir del león.

Ya Hugo a Grant le dijo: «Las estrellas son vuestras».  
(Apenas brilla, alzándose, el argentino sol  
y la estrella chilena se levanta...) Sois ricos.  
Juntáis al culto de Hércules el culto de Mammón;  
y alumbrando el camino de la fácil conquista,  
la Libertad levanta su antorcha en Nueva York.

Mas la América nuestra, que tenía poetas  
desde los viejos tiempos de Netzahualcoyotl,  
que ha guardado las huellas de los pies del gran Baco,  
que el alfabeto pánico en un tiempo aprendió;  
que consultó los astros, que conoció la Atlántida  
cuyo nombre nos llega resonando en Platón,  
que desde los remotos momentos de su vida  
vive de luz, de fuego, de perfume, de amor,  
la América del grande Moctezuma, del Inca,  
la América fragante de Cristóbal Colón,  
la América católica, la América española,  
la América en que dijo el noble Guatemoc:  
«Yo no estoy en un lecho de rosas»; esa América  
que tiembla de huracanes y que vive de amor,  
hombres de ojos sajones y alma bárbara, vive.  
Y sueña. Y ama, y vibra; y es la hija del Sol.  
Tened cuidado. ¡Vive la América española!  
Hay mil cachorros sueltos del León Español.  
Se necesitaría, Roosevelt, ser por Dios mismo,  
el Riflero terrible y el fuerte Cazador,  
para poder tenemos en vuestras férreas garras.

Y, pues contáis con todo, falta una cosa: ¡Dios!

*[Málaga, enero 1904]*

## Español

Yo siempre fui, por alma y por cabeza,  
español de conciencia, obra y deseo;  
y yo nada concibo y nada veo  
sino español por mi naturaleza.

Con la España que acaba y la que empieza,  
canto y auguro, profetizo y creo,  
pues Hércules allí fue como Orfeo.  
Ser español es timbre de nobleza.

Y español soy por la lengua divina,  
por voluntad de mi sentir vibrante,  
alma de rosa en corazón de encina;  
quiero ser quien anuncia y adivina,

que viene de la pampa y la montaña:  
eco de raza, aliento que culmina,  
con dos pueblos que dicen: ¡Viva España!  
y ¡Viva la República Argentina!

*[Buenos Aires, noviembre de 1912]*

## A Colón

¡Desgraciado Almirante! Tu pobre América,  
tu india virgen y hermosa de sangre cálida,  
la perla de tus sueños, es una histórica  
de convulsivos nervios y frente pálida.

Un desastroso espíritu posee tu tierra:  
donde la tribu unida blandió sus mazas,  
hoy se enciende entre hermanos perpetua guerra,  
se hieren y destrozan las mismas razas.

Al ídolo de piedra reemplaza ahora  
el ídolo de carne que se entroniza,  
y cada día alumbra la blanca aurora  
en los campos fraternos sangre y ceniza.

Desdeñando a los reyes, nos dimos leyes  
al son de los cañones y los clarines,  
y hoy al favor siniestro de negros Reyes  
fraternizan los Judas con los Caínes.

Bebiendo la esparcida savia francesa  
con nuestra boca indígena semi-española,  
día a día cantamos la *Marsellesa*  
para acabar danzando la *Carmañola*.

Las ambiciones pérfidas no tienen diques,  
soñadas libertades yacen deshechas.  
¡Eso no hicieron nunca nuestros Caciques,  
a quienes las montañas daban las flechas!

Ellos eran soberbios, leales y francos,  
ceñidas las cabezas de raras plumas;  
¡ojalá hubieran sido los hombres blancos  
como los Atahualpas y Moctezumas!

Cuando en vientres de América cayó semilla  
de la raza de hierro que fue de España,  
mezcló su fuerza heroica la gran Castilla  
con la fuerza del indio de la montaña.

¡Pluguiera a Dios las aguas antes intactas  
no reflejaran nunca las blancas velas;  
ni vieran las estrellas estupefactas  
arribar a la orilla tus carabelas!

Libres como las águilas, vieran los montes  
pasar los aborígenes por los boscajes,  
persiguiendo los pumas y los bisontes  
con el dardo certero de sus carcajes.

Que más valiera el Jefe rudo y bizarro  
que el soldado que en fango sus glorias finca,  
que ha hecho gemir al Zipa bajo su carro  
o temblar las heladas momias del Inca.

La cruz que nos llevaste padece mengua;  
y tras encanalladas revoluciones,  
la canalla escritora mancha la lengua  
que escribieron Cervantes y Calderones.

Cristo va por las calles flaco y enclenque,  
Barrabás tiene esclavos y charreteras,  
y las tierras de Chibcha, Cuzco y Palenque  
han visto engalonadas a las panteras.

Duelos, espantos, guerras, fiebre constante  
en nuestra senda ha puesto la suerte triste:  
¡Cristóforo Colombo, pobre Almirante,  
ruega a Dios por el mundo que descubriste!

[1892]



## España

Dejad que siga y bogue la galera  
bajo la tempestad, sobre la ola:  
Va con rumbo a una Atlántida española,  
en donde el porvenir calla y espera.

No se apague el rencor ni el odio muera  
ante el pendón que el bárbaro enarbola;  
si un día la justicia estuvo sola,  
lo sentirá la Humanidad entera.

Y bogue entre las olas espumantes,  
y bogue la galera que ya ha visto  
cómo son las tormentas de inconstantes:

Que la raza está en pie y el brazo listo,  
que va en el barco el capitán Cervantes  
y arriba flota el pabellón de Cristo.

[1898]

## Valldemosa

Vago con los corderos y con las cabras trepo  
como un pastor por estos montes de Valldemosa,  
y entre olivares pingües y entre pinos de Alepo  
diviso el mar azul que el sol baña de rosa.

Y en tanto que el Mediterráneo me acaricia  
con su aliento yodado y su salino aroma,  
creo mirar surgir una barca fenicia,  
una vela de Grecia, un trirreme de Roma.

Y me saca de mi éxtasis en la dulce mañana  
el oír que del campo cercano llegan unas  
notas de evocadora melopea africana  
que canta una payesa recogiendo aceitunas.

Pían los libres pájaros en los vecinos huertos;  
se enredan las copiosas viñas a las higueras,  
y muestra el sexual higo dos labios entreabiertos  
junto al ámbar quemado de las uvas postreras.

Plinio llama *Baleares funda bellicosas*  
a estas islas hermanas de las islas Pytiusas;  
yo sé que coronadas de pámpanos y rosas  
aquí un tiempo danzaron ante la mar las musas.

Y si a esta región dieron Catarina y Raimundo  
paz que a Cristo pidieron Raimundo y Catarina,  
aún se oye el eco de la flauta que dio al mundo  
con la música pánica vitalidad divina.

[Invierno 1906/1907]

## Tutecotzimí

Al cavar en el suelo de la ciudad antigua,  
la metálica punta de la piqueta choca  
con una joya de oro, una labrada roca,  
una flecha, un fetiche, un dios de forma ambigua,  
o los muros enormes de un templo. Mi piqueta  
trabaja en el terreno de la América ignota.

-¡Suene armoniosa mi piqueta de poeta!  
¡Y descubra oro y ópalos y rica piedra fina,  
templo o estatua rota!  
Y el misterio jeroglífico adivina  
la Musa.

De la temporal bruma surge la vida extraña  
de pueblos abolidos: la leyenda confusa  
se ilumina; revela secretos la montaña  
en que se alza la ruina.

Los centenarios árboles saben de procesiones,  
de luchas y de ritos inmemoriales. Canta  
un cenzontle. ¿Qué canta? ¿Un canto nunca oído?  
El pájaro en un ídolo ha fabricado el nido.  
(Ese canto escucharon las mujeres toltecas  
y deleitó al soberbio príncipe Moctezuma.)

Mientras el puma hace crujir las hojas secas  
el quetzal muestra al iris la gloria de su pluma  
y los dioses animan de la fuente el acento.  
Al caer de la tarde un poniente sangriento  
tiende su palio bárbaro, y de una rara lira  
lleva la lengua musical el vago viento.

Y Netzahualcoyotl, el poeta, suspira.

\*

Cuaucmichín, el cacique sacerdotal y noble,  
viene de caza. Síguele fila apretada y doble  
de sus flecheros ágiles. Su aire es bravo y triunfal.  
Sobre su frente lleva bruñido cerco de oro;  
y vese, al son que se alza del florestal sonoro,  
que en la diadema tiembla la pluma de un quetzal.

Es la mañana mágica del encendido trópico.  
Como una gran serpiente camina el río hidrópico  
en cuyas aguas glaucas las hojas secas van.  
El lienzo cristalino sopló sutil arruga,  
el combo caparacho que arrastra la tortuga,  
o la crestada cola de hierro del caimán.

Junto al verdoso charco, sobre las piedras toscas,  
rubí, cristal, zafiro, las susurrantes moscas  
del vaho de la tierra pasan cribando el tul;  
e intacta, con su veste de terciopelo rico,  
abanicando el lodo con su doble abanico,  
está como extasiada la mariposa azul.

Las selvas foscas vibran con el calor del día;  
al viento el pavo negro su grito agudo fía,  
y el grillo aturde el verde, tupido carrizal;  
un pájaro del bosque remeda un son de cuerno;  
prolonga la cigarra su chincharchar eterno,  
y el grito de su pito repite el pito-real.

Los altos aguacates invade ágil la ardilla,  
su cola es un plumero, su ojo pequeño brilla,  
sus dientes llueven fruta del árbol productor;  
y con su vuelo rápido que espanta el avispero,  
pasa el bribón y oscuro zanate-clarinero  
llamando al compañero con áspero clamor.

Su vasto aliento lanzan los bosques primitivos;  
vuelan al menor ruido los quetzales esquivos,  
sobre la aristoloquia revuela el colibrí;  
y junto a la parásita lujosa está la iguana,  
como hija misteriosa de la montaña indiana  
que anima el teutl oculto del sacro teocalí.

El gran cacique deja los bosques de esmeralda;  
camina a su palacio, el carcaj a la espalda,  
carcaj dorado y fino que brilla al rubio sol.  
Tras él van los flecheros; y en hombros de los siervos  
ensangrentando el suelo, los montaraces ciervos  
que hirió la caña elástica del firme huiscoyol.

Camina. Llega al regio palacio el jefe noble.  
De las cuadradas puertas en el quicio de roble,  
de Otzotskij, su tierra hija, ve el flamante huipil.  
¿Es la onda del Motagua que la ciudad inunda?  
No, cacique; ese ruido es del pueblo Pipil.

Como torrente humano que ruga y se desborda,  
con un clamor terrible que la ciudad asorda,  
hacia el palacio vienen los hijos de Ahuitzol.  
Primero, revestidos de cien plumajes varios,  
los altos sacerdotes, los ricos dignatarios,  
que llevan con orgullo sus mantos tornasol.

Después, van los guerreros, los de brazos membrudos,  
los que metal y cueros tienen en sus escudos,  
soldados de Sakulem, soldados de Nabaj;  
por último, zahareños, cobrizos y salvajes,  
el cuerpo rudo y rojo de míticos tatuajes,  
Ixiles de la Sierra, con arcos y carcaj.

Como a la roca el río, circundan el palacio.  
Sus voces redobladas se elevan al espacio  
como voz de montaña y voz de tempestad:  
hay jóvenes robustos de fieros aires regios,  
ancianos centenarios que saben sortilegios,  
brujos que invocar osan al gran Tamagastad.

Y a la cabeza marcha con noble continente  
Tekij, que es poeta litúrgico y valiente,  
que en su pupila tiene la luz de la visión.  
Lleva colgado al cuello un quetzalcoatl de oro;  
lleva, en los pies, velludos caites de piel de toro;  
y alza la frente, altivo, como un joven león.

Del palacio en la puerta vese erguido el cacique.  
Tekij alza sus brazos. Su gesto, como un dique,  
contiene el gran torrente de agitación y voz.  
Cuaucmichín, orgulloso, se apoya en su arco elástico,  
y teniendo en sus labios como un rictus sarcástico,  
pone en sus pardas cejas una curva feroz...

Curva de donde lanza, cual flecha, su mirada  
sobre las mil cabezas de la turba apiñada;  
curva, como la curva del arco de Hurakán.  
Y Tekij habla al príncipe que le escucha impasible:  
y lleva el aire tórrido la palabra terrible,  
como el divino trueno de la ira de un Titán.

—«Cuaucmichín, la montaña te habla en mi lengua ahora.  
La tierra está enojada, la raza pipil llora,  
y tu náhuatl maldice, serpiente-tacuazín  
Eres cobarde fiera que reina en el ganado.  
¿Por qué de los pipiles la sangre has derramado  
como tigre del monte, Cuaucmichín, Cuaucmichín?

¡Cuaucmichín! El octavo Rey de los Mexicanos  
era grande. Si abría los dedos de sus manos  
más de un millón de flechas obscurecía el sol.  
Era de oro macizo su silla y su consejo.  
Tenía en mucho al sabio, pedía juicio al viejo;  
su maza era pesada; llamábase Ahuitzol.

Quelenes, Zapotecas, Tendales, Katchikeles,  
los Mames que se adornan con ópalos y pieles,  
los jefes aguerridos del bélico Kiché,  
temían los embates del fuerte Mexicano  
que tuvo, como tienen los dioses, en la mano  
la flecha que en el trueno relampaguear se ve.  
El quiso ser pacífico y engrandecer un día  
su reino. Eso era justo. Y en Guatemala había  
tierra fecunda y virgen, montañas que poblar.  
Mandó Ahuitzol cinco hombres a conquistar la tierra  
sin lanzas, sin escudos y sin carcaj de guerra,  
sin fuerzas poderosas ni pompa militar.

Eran cinco pipiles; eran los Padres nuestros;  
eran cultivadores, agricultores, diestros  
en prácticas pacíficas; sembraban el añil,  
cocían argamasas, vendían pieles y aves;  
así fundaron, rústicos, espléndidos y suaves,  
los prístinos cimientos del pueblo del pipil.

Pipil, es decir, niño. Eso es ingenuo y franco.  
Vino un anciano entre ellos con el cabello blanco,  
y a ese miraban todos como una majestad.  
Vino un mancebo hermoso que abría al monte brechas,  
que lanzaba a las águilas sus voladoras flechas,  
y que cantaba alegre bajo la tempestad.

El Rey murió; la muerte es reina de los reyes.  
Nuestros padres formaron nuestras sagradas leyes;  
hablaron con los dioses en lengua de verdad.  
Y un día, en la floresta, Votán dijo a un anciano  
que él no bebía sangre del sacrificio humano,  
que sangre es chicha roja para Tamagastad.

Por eso los pipiles jamás se la ofrecimos.

Del plátano fragante cortamos los racimos  
para ofrecérselos al dios sagrado y fiel.  
La Sangre de las bestias el cuchillo derrame;  
mas sangre de pipiles, oh Cuaucmichín infame,  
ayer has ofrecido en holocausto cruel».

—«¡Yo soy el sacerdote cacique y combatiente!»  
Tal ha rugido el jefe. Tekij grita a la gente:  
—«¡Puesto que el tigre muestra las garras, sea, pues!»  
Y, como la tormenta, los clamores humanos,  
sobre cabezas ásperas, sobre crispadas manos,  
se calman un instante para tornar después.

—«¡Flecheros, al combate!», clama el fuerte cacique;  
y cual si no existiese quien el ataque indique,  
se quedaron los flecheros inmóviles, sin voz.  
—«¡Flecheros, muerte al tigre!», responde un indio fiero,  
Tekij alza los brazos, y quédase el flechero  
deteniendo el empuje de la flecha veloz.

Y Tekij: —«¡Es indigno de la flecha o la lanza!  
¡La tierra se estremece para clamar venganza!  
¡A las piedras, pipiles!»

Cuando el grito feroz  
de los castigadores calló y el jefe odiado  
en sanguinoso fango quedó despedazado,  
vióse pasar un hombre cantando en alta voz  
un canto mexicano. Cantaba cielo y tierra,  
alababa a los dioses, maldecía la guerra.  
Llamáronle: —«¿Tú cantas paz y trabajo?» —«Sí».  
—«Toma el palacio, el campo, carcajes y huipiles;  
celebra a nuestros dioses, dirige a los pipiles».

Y así empezó el reinado de Tutecotzimí.

[Guatemala, 1890]



## Caupolicán

*A Enrique Hernández Miyares*

Es algo formidable que vio la vieja raza:  
robusto tronco de árbol al hombro de un campeón  
salvaje y aguerrido, cuya fornida maza  
blandiera el brazo de Hércules, o el brazo de Sansón.

Por cascos sus cabellos, su pecho por coraza,  
pudiera tal guerrero, de Arauco en la región,  
lancero de los bosques, Nemrod que todo caza,  
desjarretar un toro, o estrangular un león.

Anduvo, anduvo, anduvo. Le vio la luz del día,  
le vio la tarde pálida, le vio la noche fría,  
y siempre el tronco de árbol a cuestras del titán.

«¡El Toqui, el Toqui!», clama la conmovida casta.  
Anduvo, anduvo, anduvo. La Aurora dijo: «Basta»,  
e irguióse la alta frente del gran Caupolicán.

*[ Chile, noviembre de 1888 ]*

## Retorno

El retorno a la tierra natal ha sido tan  
sentimental, y tan mental, y tan divino,  
que aún las gotas del alba cristalinas están  
en el jazmín de ensueño, de fragancias y de trino.

Por el Anfión antiguo y el prodigio del canto  
se levanta una gracia de prodigio y encanto  
que une carne y espíritu como en el pan y el vino.

En el lugar en donde tuve la luz y el bien,  
¿qué otra cosa podría sino besar el manto  
a mi Roma, mi Atenas o mi Jerusalén?

Exprimidos de idea, y de orgullo y cariño,  
de esencia de recuerdo, de arte de corazón,  
concreto ahora todos mis ensueños de niño  
sobre la crin anciana de mi amado León.

Bendito el dromedario que a través del desierto  
condujera al Rey Mago, de aureolada sien,  
y que se dirigía por el camino cierto  
en que el astro de oro conducía a Belén.

Amapolas de sangre y azucenas de nieve  
he mirado no lejos del divino laurel,  
y he sabido que el vino de nuestra vida breve  
precipita hondamente la ponzoña y la hiel.

Mas sabe el optimista, religioso y pagano,  
que por César y Orfeo nuestro planeta gira,  
y que hay sobre la tierra que llevar en la mano,  
dominadora siempre, o la espada, o la lira.

El paso es misterioso. Los mágicos diamantes  
de la corona o las sandalias de los pies  
fueron de los maestros que se elevaron antes,  
y serán de los genios que triunfarán después.

Parece que Mercurio llevara el caduceo  
de manera triunfal en mi dulce país,  
y que brotara pura, hecha por mi deseo,  
en cada piedra una mágica flor de lis.

Por atavismo griego o por fenicia influencia,  
siempre he sentido en mí ansia de navegar,  
y Jasón me ha legado su sublime experiencia  
y el sentir en mi vida los misterios del mar.

¡Oh, cuántas veces, cuántas veces oí los sonos  
de las sirenas líricas en los clásicos mares!  
¡Y cuántas he mirado tropeles de tritones  
y cortejos de ninfas ceñidas de azahares!

Cuando Pan vino a América, en tiempos fabulosos  
en que había gigantes, y conquistaba Pan  
y Baco tierra incógnita, y tigres y molosos  
custodiaban los templos sagrados de Copán,

se celebraban cultos de estrellas y de abismos;  
se tenía una sacra visión de Dios. Y era  
ya la vital conciencia que hay en nosotros mismos  
de la magnificencia de nuestra Primavera.

Los Atlántidas fueron huéspedes nuestros. Suma  
revelación un tiempo tuvo el gran Moctezuma,  
y Hugo vio en Momotombo órgano de verdad.  
A través de las páginas fatales de la Historia,  
nuestra tierra está hecha de vigor y de gloria,  
nuestra tierra está hecha para la Humanidad.

Pueblo vibrante, fuerte, apasionado, altivo;  
pueblo que tiene la conciencia de ser vivo,  
y que, reuniendo sus energías en haz  
portentoso, a la Patria vigoroso demuestra  
que puede bravamente presentar en su diestra  
el acero de guerra o el olivo de paz.

Cuando Dante llevaba a la Sorbona ciencia  
y su maravilloso corazón florentino,  
creo que concretaba el alma de Florencia,  
y su ciudad estaba en el libro divino.

Si pequeña es la Patria, uno grande la sueña.  
Mis ilusiones, y mis deseos, y mis  
esperanzas, me dicen que no hay patria pequeña.  
Y León es hoy a mí como Roma o París.

Quisiera ser ahora como el Ulises griego  
que domaba los arcos, y los barcos, y los  
destinos. Quiero ahora deciros ¡hasta luego!  
¡Porque no me resuelvo a deciros adiós!

[1907]

## Allá lejos

Buey que vi en mi niñez echando vaho un día  
bajo el nicaragüense sol de encendidos oros,  
en la hacienda fecunda, plena de la armonía  
del trópico; paloma de los bosques sonoros  
del viento, de las hachas, de pájaros y toros  
salvajes, yo os saludo, pues sois la vida mía.

Pesado buey, tú evocas la dulce madrugada  
que llamaba a la ordeña de la vaca lechera,  
cuando era mi existencia toda blanca y rosada;  
y tú, paloma arrulladora y montañera,  
significas en mi primavera pasada  
todo lo que hay en la divina Primavera.

[1905]

## Tríptico de Nicaragua

### I. LOS BUFONES

Recuerdo, allá en la casa familiar, dos enanos  
como los de Velázquez. El uno, varón, era  
llamado «el Capitán». Su vieja compañera  
era su madre. Y ambos parecían hermanos.

Tenían de peles, de espectros, de gusanos;  
él cojeaba, era bizco, ponía cara fiera;  
fabricaba muñecos y figuras de cera  
con sus chicas, horribles y regordetas manos.

También fingía ser obispo y bendecía;  
predicaba sermones de endemoniado enredo  
y rezaba contrito *pater* y avemaría.

Luego, enano y enana se retiraban quedo;  
y en tanto que la gente hacendada reía,  
yo, silencioso, en un rincón, tenía miedo.

## II. EROS

Es en mi juventud, mi juventud que juega  
con versos e ilusiones, espada de oro al cinto;  
hay en mi mente un sueño siempre vario y distinto,  
y mi espíritu ágil al acaso se entrega...

En cada mujer miro como una ninfa griega;  
en poemas sonoros sus frescas gracias pinto;  
y esto pasa al amor del puerto de Corinto,  
o en la rica en naranjas de almíbar, Chinandega.

¡Tiempo lejano ya! Mas aun veo azahares  
en los naranjos verdes impregnados de aromas,  
o las viejas fragatas que llegan de los mares

lejanos; o el hicaco, o tupidos manglares;  
o tú, rostro adorado en ese tiempo, asomas  
con primeros amores y primeros pesares.

## III. TERREMOTO

Madrugada. En silencio reposa la gran villa  
donde de niño supe de cuentos y consejas,  
o asistí a serenatas de amor junto a las rejas  
de alguna novia bella, timorata y sencilla.

El cielo lleno de constelaciones brilla,  
y su oriente disputan suaves luces bermejas.  
De pronto, un terremoto mueve las casas viejas  
y la gente en los patios y calles se arrodilla,

Medio desnuda, y clama: «¡Santo Dios! ¡Santo fuerte!  
¡Santo inmortal!» La tierra tiembla a cada momento.  
¡Algo de apocalíptico mano invisible vierte!...

La atmósfera es pesada como plomo. No hay viento.  
Y se diría que ha pasado la Muerte  
ante la impasibilidad del firmamento.

[Paris, 1912]

## Momotombo

*O vieux Momotombo, colosse chaude et nu...*

Victor Hugo

El tren iba rodando sobre sus rieles. Era  
en los días de mi dorada primavera  
y era en mi Nicaragua natal.  
De pronto, entre las copas de los árboles, vi  
un cono gigantesco, «calvo y desnudo», y  
lleno de antiguo orgullo triunfal.

Ya había yo leído a Hugo y la leyenda  
que Squier le enseñó. Como una vasta tienda  
vi aquel coloso negro ante el sol,  
maravilloso de majestad. Padre viejo  
que se duplica en el armonioso espejo  
de una agua perla, esmeralda, col.

Agua de un vario verde y de un gris tan cambiante,  
que discernir no deja su ópalo y su diamante  
a la vasta llama tropical.  
Momotombo se alzaba lírico y soberano,  
yo tenía quince años: ¡una estrella en la mano!  
Y era en mi Nicaragua natal.

Ya estaba yo nutrido de Oviedo y de Gomara,  
y mi alma florida soñaba historia rara,  
fábula, cuento, romance, amor  
de conquista, victorias de caballeros bravos,  
incas y sacerdotes, prisioneros y esclavos,  
plumas y oro, audacia, esplendor.



Y llegué y vi en las nubes la prestigiosa testa  
de aquel cono de siglos, de aquel volcán de gesta,  
que era ante mí de revelación.  
Señor de las alturas, emperador del agua,  
a sus pies el divino lago de Managua,  
con islas todas luz y canción.

¡Momotombo! –exclamé– ¡oh nombre de epopeya!  
Con razón Hugo el grande en tu onomatopeya  
ritmo escuchó que es de eternidad.  
Dijérase que fueses para las sombras dique,  
desde que oyera el blanco la lengua del cacique  
en sus discursos de libertad.

Padre de fuego y piedra, yo te pedí ese día  
tu secreto de llamas, tu arcano de armonía,  
la iniciación que podías dar;  
por ti pensé en lo inmenso de Osas y Peliones,  
en que arriba hay titanes en las constelaciones  
y abajo, dentro, la tierra y el mar.

¡Oh Momotombo ronco y sonoro! Te amo  
porque a tu evocación vienen a mí otra vez,  
obedeciendo a un íntimo reclamo,  
perfumes de mi infancia, brisas de mi niñez.

¡Los estandartes de la tarde y de la aurora!  
Nunca los vi más bellos que alzados sobre ti,  
toda zafir la cúpula sonora  
sobre los triunfos de oro, de esmeralda y de rubí.

Cuando las babilonias del Poniente  
en purpúreas catástrofes hacia la inmensidad  
rodaban tras la augusta soberbia de tu frente,  
eras tú como el símbolo de la Serenidad.

En tu incesante hornalla vi la perpetua guerra,  
en tu roca unidades que nunca acabarán.  
Sentí en tus terremotos la brama de la tierra  
y la inmortalidad de Pan.

¡Con un alma volcánica entré en la dura vida,  
Aquilón y Huracán sufrió mi corazón,  
y de mi mente mueven la cimera encendida  
Huracán y Aquilón!

Tu voz escuchó un día Cristóforo Colombo;  
Hugo cantó tu gesta legendaria. Los dos  
fueron, como tú, enormes, Momotombo,  
montañas habitadas por el fuego de Dios.

¡Hacia el misterio caen poeta y montañas:  
y romperáse el cielo de cristal  
cuando luchén sonando de Pan las siete cañas  
y la trompeta del Juicio Final!

*[Madrid, 1907]*

## «Intermezzo» tropical

### I

#### MEDIODÍA

*Midi, roi des étés*, como cantaba el criollo francés. Un mediodía toda la isla quema. Arde el escollo; y el azul, fuego envía.

Es la isla del Cardón, en Nicaragua.  
Pienso en Grecia, en Morea o en Zacinto.  
Pues al brillo del cielo y al cariño del agua se alza enfrente una tropical Corinto.

Penachos verdes de palmeras. Lejos,  
ruda de antigüedad, grave de mito,  
la tribu en roca de volcanes viejos,  
que, como todo, aguarda su instante de infinito.

Un ave de rapiña pasa a pescar y torna  
con un pez en las garras.  
Y sopla un vaho de horno que abochorna  
y tuesta en oro las cigarras.

{1909}

## Triste, muy tristemente...

Un día estaba yo triste, muy tristemente  
viendo cómo caía el agua de una fuente.

Era la noche dulce y argentina. Lloraba  
la noche. Suspiraba la noche. Sollozaba

la noche. Y el crepúsculo en su suave amatista  
diluía la lágrima de un misterioso artista.

Y ese artista era yo, misterioso y gimiente,  
que mezclaba mi alma al chorro de la fuente.

## Pasa y olvida

*«Ese es mi mal: soñar...»*

Peregrino que vas buscando en vano  
un camino mejor que tu camino,  
¿cómo quieres que yo te dé la mano,  
si mi signo es tu signo, Peregrino?

No llegarás jamás a tu destino;  
llevas la muerte en ti como el gusano  
que te roe lo que tienes de humano...  
¡lo que tienes de humano y de divino!

Sigue tranquilamente, ¡oh caminante!  
Todavía te queda muy distante  
ese país incógnito que sueñas...

... Y soñar es un mal. Pasa y olvida,  
pues si te empeñas en soñar, te empeñas  
en aventar la llama de tu vida.

## El poeta pregunta por Stella

*A Luis Berisso*

Lirio divino, lirio de las Anunciaciones:  
lirio, florido príncipe,  
hermano perfumado de las estrellas castas,  
joya de los abriles.

A ti las blancas Dianas de los parques ducales,  
los cuellos de los cisnes,  
las místicas estrofas de cánticos celestes,  
y en el sagrado empíreo, la mano de las vírgenes.

Lirio, boca de nieve donde sus dulces labios  
la primavera imprime:  
en tus venas no corre la sangre de las rosas pecadoras,  
sino el ícor excelso de las flores insignes.

Lirio real y lírico,  
que naces con la albura de las hostias sublimes,  
de las candidas perlas  
y del lino sin mácula de las sobrepellices:

¿has visto acaso el vuelo del alma de mi Stella,  
la hermana de Ligeia, por quien mi canto a veces en tan triste?

*[Buenos Aires, 9 de octubre de 1893]*

## A Francisca

Ajena al dolo y al sentir artero,  
llena de la ilusión que da la fe,  
lazarillo de Dios en mi sendero,  
Francisca Sánchez acompaña-mé...

En mi pensar de duelo y de martirio,  
casi inconsciente me pusiste miel,  
multiplicaste pétalos de lirio  
y refrescaste la hoja de laurel.

Ser cuidadosa del dolor supiste  
y elevarte al amor sin comprender;  
enciendes luz en las horas del triste,  
pones pasión donde no puede haber.

Seguramente Dios te ha conducido  
para regar el árbol de mi fe.  
¡Hacia la fuente de noche y de olvido,  
Francisca Sánchez, acompaña-mé!...

*[Paris, 21 de febrero de 1914]*

## Divagaciones

Mis ojos espantos han visto,  
tal ha sido mi triste suerte;  
cual la de mi Señor Jesucristo,  
mi alma está triste hasta la muerte.

Hombre malvado y hombre listo  
en mi enemigo se convierte;  
cual la de mi Señor Jesucristo,  
mi alma está triste hasta la muerte.

Desde que soy, desde que existo,  
mi pobre alma armonías vierte.  
Cual la de mi Señor Jesucristo,  
mi alma está triste hasta la muerte.

*[Buenos Aires. 18 de febrero de 1916]*

N. del E.: Apareció publicado en la Revista *Ultimas Noticias* de Buenos Aires, justo dos días después de su muerte.



## El Canto Errante

El cantor va por todo el mundo  
sonriente o meditabundo.

El cantor va sobre la tierra  
en blanca paz o en roja guerra.

Sobre el lomo del elefante  
por la enorme India alucinante.

En palanquín y en seda fina  
por el corazón de la China;

en automóvil en Lutecia;  
en negra góndola en Venecia;

sobre las pampas y los llanos  
en los potros americanos;

por el río va en la canoa,  
o se le ve sobre la proa

de un *steamer* sobre el vasto mar,  
o en un vagón de *sleeping-car*.

El dromedario del desierto,  
barco vivo, le lleva a un puerto.

Sobre el raudo trineo trepa  
en la blancura de la estepa.

O en el silencio de cristal  
que ama la aurora boreal.

El cantor va a pie por los prados  
entre las siembras y ganados.

Y entra en su Londres en el tren,  
y en asno a su Jerusalén.

Con estafetas y con malas,  
va el cantor por la humanidad.

El canto vuela, con sus alas:  
Armonía y Eternidad.

*[Madrid, 1907]*

# Autumnal

*Eros, Vita, Lumen*

En las pálidas tardes  
yerran nubes tranquilas  
en el azul; en las ardientes manos  
se posan las cabezas pensativas.  
¡Ah los suspiros! ¡Ah los dulces sueños!  
¡Ah las tristezas íntimas!  
¡Ah el polvo de oro que en el aire flota,  
tras cuyas ondas trémulas se miran  
los ojos tiernos y húmedos,  
las bocas inundadas de sonrisas,  
las crespas cabelleras  
y los dedos de rosa que acarician!

En las pálidas tardes  
me cuenta una hada amiga  
las historias secretas  
llenas de poesía;  
lo que cantan los pájaros,  
lo que llevan las brisas,  
lo que vaga en las nieblas,  
lo que sueñan las niñas.

Una vez sentí el ansia  
de una sed infinita.  
Dije al hada amorosa:  
–Quiero en el alma mía  
tener la inspiración honda, profunda,  
inmensa: luz, calor, aroma, vida.  
Ella me dijo: –¡Ven!– con el acento  
con que hablaría un arpa. En él había  
un divino idioma de esperanza.  
¡Oh sed del ideal!

Sobre la cima  
de un monte, a medianoche,  
me mostró las estrellas encendidas.  
Era un jardín de oro  
con pétalos de llama que tililan.  
Exclamé: –Más...

La aurora  
vino después. La aurora sonreía,  
con la luz en la frente,  
como la joven tímida  
que abre la reja, y la sorprenden luego  
ciertas curiosas, mágicas pupilas.  
Y dije: Más...

Sonriendo  
la celeste hada amiga  
prorrumpió: -¡Y bien! ¡Las flores!  
Y las flores  
estaban frescas, lindas,  
empapadas de olor: la rosa virgen  
la blanca margarita,  
la azucena gentil y las volúviles  
que cuelgan de la rama estremecida.  
Y dije: -Más...

El viento  
arrastraba rumores, ecos, risas,  
murmullos misteriosos, aleteos,  
músicas nunca oídas.

El hada entonces me llevó hasta el velo  
que nos cubre las ansias infinitas,  
la inspiración profunda  
y el alma de las liras.  
Y los rasgó. Y allí todo era aurora.  
En el fondo se veía  
un bello rostro de mujer.

¡Oh, nunca,  
Plérides, diréis las sacras dichas  
que en el alma sintiera!  
Con su vaga sonrisa:  
-¿Más?... -dijo el hada.

Y yo tenía entonces  
clavadas las pupilas  
en el azul; y en mis ardientes manos  
se posó mi cabeza pensativa...

*[Valparaiso, 1888]*

## A un poeta

Nada más triste que un titán que llora,  
hombre-montaña encadenado a un lirio,  
que gime, fuerte, que pujante, implora:  
víctima propia en su fatal martirio.

Hércules loco que a los pies de Onfalia  
la clava deja y el luchar rehúsa,  
héroe que calza femenil sandalia,  
vate que olvida la vibrante musa.

¡Quien desquijara los robustos leones,  
hilando esclavo con la débil rueca;  
sin labor, sin empuje, sin acciones,  
puños de fiero y áspera muñeca!

No es tal poeta para hollar alfombras  
por donde triunfan femeniles danzas:  
que vibre rayos para herir las sombras,  
que escriba versos que parezcan lanzas.

Relampagueando la soberbia estrofa,  
su surco deje de esplendente lumbre,  
y el pantano de escándalo y de mofa  
que no lo vea el águila en su cumbre.

Bravo soldado con su casco de oro  
lance el dardo que quema y que desgarrar:  
que embista rudo como embiste el toro,  
que clave firme, como el león, la garra.

Cante valiente y al cantar trabaje;  
que ofrezca robles si se juzga monte;  
que su idea, en el mal rompa y desgaje  
como en la selva virgen el bisonte.

Que lo que diga la inspirada boca  
suene en el pueblo con palabra extraña;  
ruido de oleaje al azotar la roca,  
voz de caverna y soplo de montaña.

Deje Sansón de Dálila el regazo:  
Dálila engaña y corta los cabellos.  
No pierda el fuerte el rayo de su brazo  
por ser esclavo de unos ojos bellos.

*[San Salvador, 1890]*

**« In Memoriam »  
Bartolomé Mitre**

ÁRBOL FELIZ

Árbol feliz, el roble, rey en su selva fragante,  
y cuyas ramas altísimas respetó el rudo Bóreas;

áureas, líricas albas dan sus rayos al árbol ilustre  
cuya sombra, benéfica tienda formara a las tribus.

Feliz aquel patriarca que, ceñida la frente de lauro,  
en la tarde apacible concertando los clásicos números,

mira alzarse las torres a que diera cimientos y bases  
y entre mirajes supremos la aurora futura.

Sabe el íntegro mármol cuáles varones encarna,  
a qué ser da habitáculo sabe la carne del bronce;

conocen el momento las magníficas bocas del triunfo  
en que deben sonarse larga trompa y bocina de oro.

Súbita y mágica música óyese en férvidos ímpetus  
y Jefe, o Padre, o Héroe, siente llegar a su oído,

entre los himnos sonoros, cual de la mar a la orilla,  
el murmullo profundo de un oleaje de almas.

Pase el iconoclasta quebrantando los ídolos falsos:  
el simulacro justo en la gloria del Sol que perdure.

Que se melle en el trono venerando la hoz saturnina,  
y las generaciones, nuevas flores y frutos contemplan.

Española pompa que brindó al sembrador la cosecha,  
panorama sublime, al ver de la vida en la cumbre,

o al descenso tranquilo que iluminan, serenas las horas  
con astros por antorchas en la escala del regio crepúsculo.

Negros y rojos sueños en las noches postreras persiguen  
a pastores de gentes que fueron tigres o lobos,

tarde de imperial púrpura al pastor verecundo y sin tacha,  
cívico arco de triunfo y el laurel y la palma sonante.

Y a quien también adora la beldad de las musas divinas,  
visión de golfos de azur y los cisnes de Apolo.

Mira la augusta Patria de su vástago egregio la gloria;  
la hornalla, ha tiempo viva, hace hervir los metales simbólicos.

Yo, que de la argentina tierra siento el influjo en mi mente,  
«llevo mi palma y canto a la fiesta del gran argentino»,

recordando el hexámetro que vibraba en la lira de Horacio,  
y a Virgilio latino, guía excelso y amado del Dante.

*[París, enero de 1906]*



## A Juan Ramón Jiménez

### ATRIO

¿Tienes, joven amigo, ceñida la coraza  
para empezar, valiente, la divina pelea?  
¿Has visto si resiste el metal de tu idea  
la furia del mandoble y el peso de la maza?

¿Te sientes con la sangre de la celeste raza  
que vida con los números pitagóricos crea?  
¿Y, como el fuerte Herakles al león de Nemea,  
a los sangrientos tigres del mal darías caza?

¿Te entenece el azul de una noche tranquila?  
¿Escuchas pensativo el sonar de la esquila  
cuando el Angelus dice el alma de la tarde?...

¿Tu corazón las voces ocultas interpreta?  
Sigue, entonces, tu rumbo de amor. Eres poeta.  
La belleza te cubra de luz, y Dios te guarde.

{Paris, 1907}

## Walt Whitman

En su país de hierro vive el gran viejo,  
bello como un patriarca, sereno y santo.  
Tiene en la arruga olímpica de su entrecejo  
algo que impera y vence con noble encanto.

Su alma del infinito parece espejo;  
son sus cansados hombros dignos del manto;  
y con arpa labrada de un roble añejo,  
como un profeta nuevo canta su canto.

Sacerdote que alienta soplo divino,  
anuncia, en el futuro, tiempo mejor.  
Dice al águila: «¡Vuela!»; «¡Boga!», al marino,

y «¡Trabaja!», al robusto trabajador.  
¡Así va ese poeta por su camino,  
con su soberbio rostro de emperador!

[1890]

## A Francia

¡Los bárbaros, Francia! ¡Los bárbaros, cara Lutecia!  
Bajo áurea rotonda reposa tu gran Paladín.  
Del cíclope al golpe, ¿qué pueden las risas de Grecia?  
¿Qué pueden las Gracias, si Heracles agita su crin?

En locas faunalias no sientes el viento que arrecia,  
el viento que arrecia del lado del férreo Berlín,  
y allí, bajo el templo que tu alma pagana desprecia,  
tu vate, hecho polvo, no puede sonar su clarín.

Suspende, Bizancio, tu fiesta mortal y divina,  
¡oh Roma, suspende  
la fiesta divina y mortal!  
Hay algo que viene como invasión aquilina

que aguarda temblando la curva del Arco Triunfal.  
¡Tannhäuser! Resuena la marcha marcial y argentina,  
y vese a lo lejos la gloria de un casco imperial.

*[París, julio de 1893]*

## Salutación al Águila

*... May this grand Union have no end!  
Fontoura Xavier.*

Bien vengas, mágica Águila de alas enormes y fuertes,  
a extender sobre el Sur tu gran sombra continental,  
a traer en tus garras, anilladas de rojos brillantes,  
una palma de gloria, del color de la inmensa esperanza,  
y en tu pico la oliva de una vasta y fecunda paz.

Bien vengas, oh mágica Águila, que amara tanto Walt Whitman,  
quien te hubiera cantado en esta olímpica jira,"  
Águila que has llevado tu noble y magnífico símbolo  
desde el trono de Júpiter, hasta el gran continente del Norte.

Ciertamente, has estado en las rudas conquistas del orbe.  
Ciertamente, has tenido que llevar los antiguos rayos.  
Si tus alas abiertas la visión de la paz perpetúan,  
en tu pico y tus uñas está la necesaria guerra.

¡Precisión de la fuerza! ¡Majestad adquirida del trueno!  
Necesidad de abrirle el gran vientre fecundo a la tierra  
para que en ella brote la concreción de oro de la espiga,  
y tenga el hombre el pan con que mueve su sangre.

No es humana la paz con que sueñan ilusos profetas,  
la actividad eterna hace precisa la lucha,  
y desde tu etérea altura, tú contemplas, divina Águila,  
la agitación combativa de nuestro globo vibrante.

Es incidencia la historia. Nuestro destino supremo  
está más allá del rumbo que marcan fugaces las épocas.  
Y Palenque y la Atlántida no son más que momentos soberbios  
con que puntúa Dios los versos de su augusto Poema.

Muy bien llegada seas a la tierra pujante y ubérrima,  
sobre la cual la Cruz del Sur está, que miró Dante  
cuando siendo Mesías, impulsó en su intuición sus bajeles,  
que antes que los del sumo Cristóbal supieron nuestro cielo.

*E Pluribus unum!* ¡Gloria, victoria, trabajo!  
Tráenos los secretos de las labores del Norte,  
y que los hijos nuestros dejen de ser los rétores latinos,  
y aprendan de los yanquis la constancia, el vigor, el carácter.

¡Dinos, Águila ilustre, la manera de hacer multitudes  
que hagan Romas y Grecias con el jugo del mundo presente,  
y que, potentes y sobrias, extiendan su luz y su imperio,  
y que, teniendo el Águila y el Bisonte y el Hierro y el Oro,  
tengan un áureo día para darle las gracias a Dios!

Águila, existe el Cóndor. Es tu hermano en las grandes alturas.  
Los Andes le conocen y saben que, cual tú, mira al Sol.  
*May this grand Union have no end!*, dice el poeta.  
Puedan ambos juntarse en plenitud de concordia y esfuerzo.

Águila, que conoces desde Jove hasta Zarathustra  
y que tienes en los Estados Unidos tu asiento,  
que sea tu venida fecunda para estas naciones  
que el pabellón admiran constelado de bandas y estrellas.

¡Águila, que estuviste en las horas sublimes de Pathmos,  
Águila prodigiosa, que te nutres de luz y de azul,  
como una Cruz viviente, vuela sobre estas naciones,  
y comunica al globo la victoria feliz del futuro!

Por algo eres la antigua mensajera jupiterina,  
por algo has presenciado cataclismos y luchas de razas,  
por algo estás presente en los sueños del Apocalipsis,  
por algo eres el ave que han buscado los fuertes imperios.

¡Salud, Águila! Extensa virtud a tus inmensos revuelos,  
reina de los azules, ¡salud!, ¡gloria!, ¡victoria y encanto!  
¡Que la Latina América reciba tu mágica influencia  
y que renazca nuevo Olimpo, lleno de dioses y de héroes!

¡Adelante, siempre adelante! *Excelsior!* ¡Vida! ¡Lumbre!  
Que se cumpla lo prometido en los destinos terrenos,  
y que vuestra obra inmensa las aprobaciones recoja  
del mirar de los astros, y de lo que Hay más Allá!

[Rio de Janeiro, 1906]

## Venus

En la tranquila noche mis nostalgias amargas sufría.  
En busca de quietud bajé al fresco y callado jardín.  
En el oscuro cielo Venus bella temblando lucía,  
como incrustado en ébano un dorado y divino jazmín.

A mi alma enamorada, una reina oriental parecía,  
que esperaba a su amante bajo el techo de su camarín,  
o que, llevada en hombros, la profunda extensión recorría,  
triunfante y luminosa, recostada sobre un palanquín.

«¡Oh reina rubia!, -dijele-, mi alma quiere dejar su crisálida  
y volar hacia ti, y tus labios de fuego besar;  
y flotar en el nimbo que derrama en tu frente luz pálida,

y en siderales éxtasis no dejarte un momento de amar».  
El aire de la noche refrescaba la atmósfera cálida.  
Venus, desde el abismo, me miraba con triste mirar.

*[San Salvador, 1889]*

## La Tortuga de Oro

*A Amado Nervo*

La tortuga de oro camina por la alfombra  
y traza por la alfombra un misterioso estigma;  
sobre su carapacho hay grabado un enigma  
y un círculo enigmático se dibuja en su sombra.

Esos signos nos dicen al Dios que no se nombra  
y ponen en nosotros su autoritario estigma:  
ese círculo encierra la clave del enigma  
que a Minotauro mata y a la Medusa asombra.

Ramo de sueños, mazo de ideas florecidas  
en explosión de cantos y en floración de vidas,  
sois mi pecho suave, mi pensamiento parco.

Y cuando hayan pasado las sedas de la fiesta,  
decidme los sutiles efluvios de la orquesta  
y lo que está suspenso entre el violín y el arco.

*{París, julio de 1900}*



## «PAX»

### I

*lo vo gridando pace, pace, pace!*  
Así clamaba el italiano;  
así voy gritando yo ahora,  
«alma en el alma, mano en la mano»,  
a los países de la Aurora...

En sangre y llanto está la tierra antigua.  
La Muerte, cautelosa o abrasante, o ambigua,  
pasa sobre las huellas  
del Cristo de pies sonrosados  
que regó lágrimas y estrellas.  
La Humanidad, inquieta,  
ve la muerte de un Papa y el nacer de un cometa:  
como en el año mil.  
Y ve una nueva Torre de Babel  
desmoronarse en hoguera cruel,  
al estampido del cañón y del fusil.

*Matribus detestata!* Madre negra  
a quien el ronco ruido alegre  
de los leones; Palas,  
odiosa a las dulces mejillas,  
puesto que das las flechas y las balas:  
¡abominada seas  
por los corrientes siglos y fugaces edades,  
porque, a pesar de todo, tus fuertes potestades  
sucumbirán al trueno de oro de las ideas!

Amontonad las bibliotecas,  
poblad las pinacotecas,  
con los prodigios del pincel  
y del buril y del cincel.  
Haced la evocación de Homero, Vinci, Dante,  
para que vean el  
espectáculo cruel  
desde el principio hasta el fin:  
la quijada del rumiante  
en la mano de Caín  
sobre la frente de Abel.

Pero el misterio vendrá  
vencedor y envuelto en fuego,  
más formidable que lo que dirá  
la épica india y el drama griego.  
Y nuestro siglo eléctrico y ensimismado,  
entre fulgurantes destellos,  
verá surgir a Aquel que fue anunciado  
por Juan el de suaves cabellos.

Todo lo que está anunciado  
en el gran libro han de ver las naciones,  
ciegas a Dios, que a Dios invocan en preñado  
tiempo de odios y angustias y ambiciones.  
Y lo que Malaquías el vidente  
vio en la Edad Media —«enorme y delicada»,  
según dice Verlaine—, verá la gente,  
hoy en sangre deshecha y desastrada.

Se grita: ¡Guerra santa!,  
acercando el puñal a la garganta  
o sacando la espada de la vaina:  
y en el nombre de Dios,  
casas de Dios de Reims y de Lovaina  
las derrumba el Obús 42...

¡No, reyes!... Que la guerra es infernal, es cierto;  
cierto que duerme un lobo  
en el alma fatal del adanida;  
mas también Jesucristo no está muerto,  
y contra el homicidio, el odio, el robo,  
¡Él es la Luz, el Camino y la Vida...!

Hohenzollern: está sobre tu frente  
un águila de oro.  
Yo recuerdo el poema del Vidente  
de Francia, el vivo cántico sonoro  
en donde la justicia al bronce intima...  
Dios está sobre todo; y en la cima  
de las montañas de la gloria humana,  
de pronto un ángel formidable anima  
la testa loca del divino trueno,  
y de las urnas de las sombras mana  
lluvia de llama y lluvia de veneno;  
y Abbadón, Appollión, Exterminasa -que es el mismo-  
surge de entre las páginas del Libro del Abismo.

Emperadores, Reyes, Presidentes: la hora  
llegará de la Aurora.  
Pasarán las visiones de Durero,  
pasarán de Callot los lansquenetes,  
los horrores de Goya el visionario,  
en la memoria amarga de la tierra.  
Pasará de la guerra el tigre fiero,  
se olvidarán obuses y mosquetes,  
y ante la sacra sangre del Calvario  
se acabarán las sangres de la guerra.

Púrguese por el fuego  
y por el terremoto  
y por la tempestad  
este planeta ciego,

por los astros ignoto  
como su pasajera Humanidad.  
Y puesto que es preciso,  
vengan a purgar este  
planeta de maldad,  
con la guerra, la peste  
y el hambre, mensajeras de Verdad.  
De la Verdad que hace secar las fuentes,  
y en la gehenna rechinar los dientes.

Si la Paz no es posible, que como en Isaías  
las ciudades revienten;  
que sean de tinieblas las noches y los días;  
que las almas que sienten  
soplos de Dios, duerman sueño profundo  
mientras que se desangra y se deshace el mundo...  
Y que cuando del apocalíptico enigma  
surja el caballo blanco, con resplandor y estigma,  
los únicos que se hundan en la santa Verdad,  
sean los puros hombres de buena voluntad,  
que entre las zarzas ásperas de este vivir, han visto  
las huellas de los pasos de nuestro Padre Cristo.

¡Ah, cuán feliz el demonio perverso!,  
odio imperante en todo el universo,  
odio en el mar y debajo del mar;  
odio en la tierra firme y en el viento,  
y sangre y sangre que pueda llegar  
a salpicar el mismo firmamento.  
Se animaron de fuego y electricidad  
los Behemotes y Leviathanes.  
En la bíblica inmensidad  
no vieron más los Isaías y los Juanes.

Cual Baltasar o Darío, Guillermo  
mira con ojo enfermo  
de visiones de siglos  
un gran tropel de espantables vestiglos.  
Y el casco que lo cubre,

la capa que le viste,  
bajo el blancor de la nieve insalubre,  
y el bigote erizado,  
y el aspecto cesáreo y el aire de soldado,  
y toda esa potencia, tienen algo de triste.  
Y al llegar las ternuras de Noel,  
Santa Claus el que viene a la cuna del niño,  
tuvo que recoger su túnica de armiño  
por no mancharse en tanta sangre y tanta hiel.

## II

Era en 1870.  
Francia ardía en su guerra cruenta.  
Hugo en versos soberbios lo cuenta.

Y París, la divina, en su pena,  
a las fiestas usuales ajena,  
sólo sombras ve en su Noche Buena.

Y era el sitio. Y el hambre. Y la furia,  
y el espanto, y el odio, y la injuria.  
Todo muerte, o incendio, o lujuria.

En un lado del Sena está lista  
la tremenda alemana conquista;  
y en el otro, la Francia imprevista.  
Dan las doce –la mágica hora  
que presagia una mística aurora–  
las campanas de Nuestra Señora.

Y en la orilla izquierda del Sena,  
en la sombra nocturna resuena  
un Noel de ritual Noche Buena.

Un silencio. Y después, noble, austero,  
contestó aquel ejército fiero  
con un grave coral de Lutero.

Y en la noche profunda de guerra,  
Jesucristo, que el odio destierra,  
por el canto echó el mal de la tierra.

¿No habrá alguno de raza más joven  
que, rompiendo a la guerra su yugo,  
pueda unir el poder de Beethoven  
con el canto que dio Víctor Hugo?

### III

*Vivat Gallia Regina! Vivat Germania Mater!*  
¿Esta salutación, que al gran lírico plugo,  
hace arder esa selva, y rugir ese cráter,  
y el Ángel de la Paz lo convierte en verdugo?

Si la princesa austriaca destroza su abanico,  
Guillermo en sus palacios entroniza a Watteau,  
y sabe que la flauta del grande Federico  
aún ignoraba el triste réquiem de Waterloo.

Mas hay que juzgar siempre que si es dura la lucha  
del tigre, del león, del águila en su vuelo;  
si los hombres guerrean, es porque nadie escucha  
los clarines de paz que suenan en el Cielo.

Krupp hizo el crudo espanto que a Thánatos alegra,  
pero el de Asis fue pasmo que al Bajísimo enoja;  
húsares de la Muerte deben llevar cruz negra,  
mientras las dulces gentes de Amor llevan cruz roja.

¡Oh pueblos nuestros! ¡Oh pueblos nuestros! Juntaos  
en la esperanza y en el trabajo y la paz.  
No busquéis las tinieblas, no persigáis el caos,  
y no reguéis con sangre nuestra tierra feraz.

Ya lucharon bastante los antiguos abuelos  
por Patria y Libertad, y un glorioso clarín  
clama a través del tiempo, debajo de los cielos,  
Washington y Bolívar, Hidalgo y San Martín.

Ved el ejemplo amargo de la Europa deshecha;  
ved las trincheras fúnebres, las tierras sanguinosas;  
y la Piedad y el Duelo sollozando los dos.  
No; no dejéis al odio que dispare su flecha,  
llevad a los altares de la Paz miel y rosas.  
Paz a la inmensa América. Paz en nombre de Dios.

*[New York, 1915]*

## Nicaragua

Madre, que dar pudiste de tu vientre pequeño  
tantas rubias bellezas y tropical tesoro,  
*tanto lago de azules , tanta rosa de oro,*  
tanta paloma dulce, tanto tigre zahareño.

Yo te ofrezco el acero en que forjé mi empeño,  
la caja de armonía que guarda mi tesoro,  
la peña de diamantes del Ídolo que adoro  
y te ofrezco mi esfuerzo, y mi nombre y mi sueño.

{1887}